

Latidos

El pan de los escritores

SERGIO VILA-SANJUÁN

Hay gente que empieza con mal pie en un trabajo. Dashiell Hammett, por ejemplo. Contratado como recadero de ferrocarril por la B&O Railroad, perdió su puesto porque llegó tarde todos los días de una misma semana. Fulminantemente despedido, su jefe decidió ofrecerle otra oportunidad si prometía no volver a retrasarse. "Es imposible", respondió Hammett, y dejó para siempre la compañía.

Otros, en cambio, parecen encajar en un empleo como si hubieran sido específicamente diseñados para hacerlo. Bruce Chatwin, por ejemplo, fue en los años cincuenta y sesenta el perfecto empleado de la casa Sotheby's. Aún se ocupaba de quitar el polvo a las cerámicas cuando un día en que estaba trabajando junto a una pequeña pieza de Picasso, un señor le preguntó que opinaba de ella. "Es falsa", respondió. En vez de ponerle en la calle por espantar clientes, sus superiores apreciaron la intuición y lo ascendieron; durante años fue el encargado estrella del departamento de antigüedades.

Hammett y Chatwin, claro, no han pasado a la posteridad por estos empleos sino por sus libros, aunque en ambos casos hay razones para preguntarse si su literatura hubiera resultado tan interesante de no contar con la experiencia que su vida laboral les aportó. La relación entre literatura y economía práctica es un tema en auge en los últimos años, y coinciden ahora en librerías dos obras sobre el tema. *Trabajos forzados. Los otros oficios de los escritores*, de la ensayista italiana Daria Galateria, ha sido publicada por Impedimenta, que está haciendo en este momento las ediciones más bonitas del mercado, y traducida por Félix Romeo en el que debió ser uno de sus últimos trabajos de esta índole. *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música* es un volumen colectivo dirigido por Javier Gomá Lanzón, que publica Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores; los capítulos sobre literatura corren a cargo del maestro José Carlos



Bruce Chatwin trabajando en Sotheby's

Mainer, que traza un panorama general, y de Joan Oleza, que analiza el caso de Blasco Ibáñez.

En su introducción, Gomá critica con razón la "limitada perspectiva" de las historias de la cultura que estudian las obras de arte como una cadena de influencias, y en cambio se olvidan de reseñar cómo se ganaban la vida los autores que recogen. Y se pregunta si acaso es irrelevante para la creación que Byron o Tolstói vivieran de rentas, y Thomas Mann se casara con una mujer que podía mantenerlo, mientras Balzac o Dickens dependieran para su subsistencia del éxito de sus obras.

Irrelevante no lo es, tanto para sus condiciones de trabajo como para los contenidos que produjeron. José Donoso me contó una vez que, nacido en una familia burguesa, había pasado varios meses trabajando como camionero con la finalidad de "ganar experiencia". El diplomático Paul Morand, el médico Louis Ferdinand Céline, el aviador Antoine de Saint-Exupéry, el empleado de seguros Franz Kafka, ¿qué hubieran escrito sin ese bagaje? Sin duda algo diferente a lo que aún les da vigencia.

Narrativa Rescatada la gran obra de Ralph Ellison, que noveló la disolución del individuo negro en el magma hostil de la sociedad blanca

Un negro sin sombra



Ralph Ellison
Un home invisible
Traducción de Dolores Udina

QUADERNS CREMA
619 PÁGINAS
39 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Una vez hubo en la literatura norteamericana espacio para los escritores negros, algunos extraordinarios. Me refiero a gente tan competente para expresar la enajenación de sus hermanos de raza como Richard Wright (1908-1960) autor de *Hijo nativo* o James Baldwin (1924-1987) y su *Ve y dilo en la montaña*. Luego había otros como Le-Roi Jones (1934) más activista que narrador o Langston Hughes (1902-1967), poeta del renacimiento de Harlem. Pero el más grande fue Ralph Ellison (Oklahoma City, 1925-Nueva York, 1994) que en 1952 publicó *Un hombre invisible* (*Invisible man*), la mejor novela sobre la disolución del individuo negro en el magma hostil de la sociedad blanca. Ellison se las arregló para advertir que el problema podía no ser exclusivo de los negros: "¿Quién sabe si en el fondo no hablo también por vosotros, aunque sea en las bajas frecuencias?".

Leerla a finales de los sesenta me causó un fuerte impacto. Tiempo después sucedió algo inesperado: la narrativa negra fue desapareciendo del mapa sociopolítico estadounidense, como si nunca hubiese habido una pugna racial. ¿Cómo explicarlo? Harold Bloom, devoto de Ellison, opina que "los escritores estadounidenses de raza negra no han estado en situación de fundar un arte literario original". Eso incluye a la única escritora negra aún en activo, Toni Morrison, de Ohio, premio Nobel 1993. Según el crítico, "el mayor logro estético de los negros estadounidenses es la obra de los grandes maestros del jazz, como Louis Armstrong, Charlie Parker y Bud Powell". Lo cierto

es que en las primeras y las últimas páginas de la novela de Ellison, el narrador anónimo, el negro desubicado que ha perdido su sombra y vive en un subterráneo –como Jonás en el vientre de la ballena– profusamente iluminado del que solo emerge para contar su peripecia existencial, esa voz dice escuchar, en su soledad de apestado, piezas clásicas de Satchmo.

También la novela capital de Ellison es un clásico, aunque en español esté descatálogada. Resulta que un día, ignoro cómo pudo ocurrir, extravié mi ejemplar. Lo busqué infructuosamente en las librerías y no pude encontrarlo. Hasta hoy, cuando por fortuna acaba de aparecer, creo que por primera vez en lengua catalana, estupidamente traducido –no es fácil de manejar la prosa de Ellison– por Dolores Udina. No es fácil porque *Un home invisible* está amasado con una extraña mezcla de expresionismo, simbolismo, humor, blues y pasajes de jazz, todo ello en función de un discurso moral, exento de ganga ideológica como la había en *Hijo nativo* de Wright, para confluir en una caótica explosión de rabia colectiva que parece augurar el caos de la civilización excluyente, y, en realidad, da paso a un leve atisbo de esperanza: "hay una posibilidad de que incluso un hombre invisible pueda tener un papel útil para la sociedad". En la obra que mantiene la tersura de hace seis décadas hay rastros de *Memorias del subsuelo* de Dostoiévski, y –lo dice Mr. Bloom–, también de Melville, Twain, Faulkner y Eliot. En suma, una muestra excepcional de la narrativa que un día surgió de la conciencia de la negritud. |

Ellison en la American Academy en Roma en 1957

JAMES WHITMORE / GETTY